



CAPITULO VI

Favorita del re...

S EÑOR, ¡qué espectáculo más bello que el que me concediste presenciar anoche! ¡Bendito seas, pues tu bondad me tenía reservada, en premio de todas mis penas, la satisfacción de verme junto á lo mejor de Francia, junto á lo mejor de París, junto á lo mejor del mundo!...

A las diez de la noche llegó Hidalgo á buscarme. Iba resplandeciente como una custodia, bello como un dije, bordado como una capa pluvial. El uniforme del cuerpo diplomático mexicano, con adición de no sé cuántas palmas, guías, flores, hojas y coronas se acomodaba gallardamente en el cuerpo de mi amigo que cogía el espadín con una gracia y un desembarazo que habrían sido la envidia de lord Palmerston. Notó el efecto que su primoroso atavío me había producido y me dijo con volubilidad:



—Mis pantalones ordinarios me los confecciona Spiegelhalter, el famoso *culotier* de la rue de la Paix; mis levitas son obra de Chevauil, de París y de Poole, de Londres; mis camisas son del taller de Polter, de Londres, y mi calzado del de Brockman, de Berlín. Mas mis uniformes no los hacen esos artífices sino Pinson, el sastre de la corte, y Reibeik, de Londres, que es quien fabrica los pantalones cortos para el príncipe Alberto... La casaca la notará usted algo más recargada de bordados y de un corte más airoso que el que prescriben las ordenanzas mexicanas: es que he pretendido hacer un ensayo de uniforme moderno para presentarlo á nuestro futuro y noble Emperador, que no dejará de apreciar mis esfuerzos en pro de la patria... Y no piense usted, Josefina, que sea

empresa llana y baladí esta de inventar, perfeccionar ó modificar un uniforme: capacidades políticas de primer orden, gentes que sabrían hacer con la mano en la cintura un buen tratado de comercio, que podrían ajustar con ventaja una convención diplomática, y que en caso ofrecido intervendrían en un tratado de paz, se sienten cohibidas cuando se trata de esta importantísima materia del protocolo. Definir el matiz de unas medias, la anchura del ala de un sombrero, el tamaño de un espadín, la misión de un ujier de saleta, la de un ujier de cámara y la de un ujier de vianda (que tiene que acompañar el cubierto y copa desde la panetería y cava, y después la vianda desde ésta hasta la cocina) son cosas que no están reservadas á entendimientos vulgares, sino que deben ser definidas por altísimos ingenios, los Newtons y los Pascuales de las cortes... Ahora, las cuestiones de etiqueta, pasos, descendencias, preferencias y precedencias no son, como se cree, fútiles y de poco momento, sino de las que ven más directamente al buen régimen y constitución de los imperios... Entiéndalo usted bien, amiga mía; México no ha sido feliz hasta ahora, á causa de que los gobernantes que le han regido han descuidado materia tan principal mirándola como de poca ó ninguna monta; y apenas si el general Santa Anna, ó algún otro han comprendido que bajo la apariencia de pequeñez se ocultaba en estas cosas algo más hondo y más trascendental que lo

que se veía... Nada menos, el ponerse los calzones de corte parece lo mas fácil, y, sin embargo, ¡qué empresa tan ardua! Si se meten como todos los demás, ya puede usted contar con que harán muchísimas arrugas y darán á la pierna el aspecto de vendada ó deformada. Hay que abrocharse primero las hebillas, en seguida estirar la media, luego meterse el calzón y después abotonársele en la cintura.

En esto llegamos al castillo. La escalera tenía un amplio pasamanos hecho con festones de rosas; en cada escalón estaba un *cent gardes* con su casco y su peto brillantísimos, y su uniforme blanco y rojo: se les habría confundido con las estatuas de guerreros que decoraban los rellanos, y con las figuras esculpidas en las paredes, tan inmóviles permanecían.

— Los *cien guardias* forman un cuerpo privilegiado, me dijo Hidalguillo. Se escogen de entre los mozos más guapos en todo el ejército y desempeñan á conciencia su misión de cuidar las personas de los soberanos. Lo que llama más la atención es su imperturbabilidad: puede acontecer un terremoto, desplomarse un muro, venir abajo la escalera en que se apoyan, y con tal que les quede un punto para permanecer, *impavidum ferient ruina...* El príncipe imperial tiene prohibición de comer golosinas; un día, en un bautizo, le obsequiaron con un curucho de dulces, y no queriendo entrar al cuarto de su

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

aya, temeroso de que le riñera ó le decomisara el regalo, virtió el contenido del alcartaz en la bota del *cent gardes* que estaba de facción para recogerlo en seguida... Otro fué objeto de las bromas de S. M. la Emperatriz; cierta noche, queriendo poner á prueba la inmovilidad de estos soldados, le golpeó con la mano extendida sin conseguir que el pobre muchacho manifestara que había sufrido aquella afrenta. Luego le mandó ofrecer quinientos francos, para compensarle el mal rato, y el chico nada quiso aceptar, porque dijo había sentido mucho placer en que tocara su rostro la mano de su linda soberana... Manos blancas no ofenden, ¿verdad?... Es un poquillo viva de genio S. M. ¡haber tirado con un tintero á un Mariscal de Francia y puéstole como no digan dueñas, es cuanto se puede pensar!

Entramos al salón del primer cónsul á aguardar el momento de que salieran SS. MM. de las sendas estancias. Poco después se presentaron Napoleón y Eugenia, acompañados de la familia imperial, de los altos dignatarios de la corona y de sus ujieres y chambelanes.

— Vea usted, me susurró al oído mi guía, reunida á la primera nobleza de Francia, no la vieja, no la de la *bandera blanca*, sino la que procede del guerrero más grande del mundo. Allí están el príncipe Napoleón, antagonista y jurado enemigo de la Emperatriz; dicen que posee un buen ingenio, pero es sobradamente orgulloso. Su padre,

... se presentaron Napoleón y Eugenia, acompañados de la familia imperial...



el viejo rey Jerónimo, que tuvo la mujer más buena y abnegada de cuantas el gran corso dió á sus hermanos, no concurre á estas recepciones porque su edad le excusa... Ese jovenzuelo que se ve detrás del altivo príncipe, es su hijo, el príncipe Víctor... A su derecha están la princesa Clotilde, lindo vástago del tronco de Saboya, y la princesa Matilde, bella como las más bellas Bonapartes... le siguen la princesa Murat y su hija la hermosísima Ana, duquesa de Mouchy, inseparable de la Emperatriz; ya la habrá usted reconocido por haber contemplado su efigie en el departamento de S. M. Por su rango inferior figuran un poco atrás de estas princesas las hijas del príncipe Luciano, el eterno rebelde contra la voluntad del Emperador. La más alta y la más donosa es la princesa Lolotte, de quien se dijo si estuvo ó no estuvo á punto de casarse con su tío, el gran Napoleón; las dos que están cerca de ella, son la princesa Julia y la princesa Augusta, casadas con príncipes romanos, grandes amigos míos y personas de altísima posición.

SS. MM. y Altezas recorrieron separadamente todo el concurso y allí oyeron las presentaciones que encabezaron el duque de Bassano y la princesa de Essling.

Napoleón caminaba poco á poco, como distraído, como entregado á un ensueño tenaz; su andar era indeciso, parecía balancearse, no llevar rumbo, estar á merced de la impresión que quisiera cautivarle. Paseaba su mirada

gris acero, opacada por los párpados caídos, como si todo aquel espectáculo fuera extraño para él, como si se sintiera fatigado y sin ánimo de recibir los homenajes y las reverencias. ¿En qué pensaría? Quizá en sus empresas de mozo, en la tentativa de Strasburgo, en su alianza con los carbonarios, en su juramento de hacer á Italia libre y una, en su presidencia perpetua; quizá en los disgustos domésticos que vió en su niñez, cuando el rey Luis le desconocía y llamaba á la madre *Mesalina fecunda*; en su ambición constante, aguijada por las sugerencias de la Beauharnais; en sus viajes al extranjero y en sus escritos literarios.

De seguro le trabajaba algún proyecto filantrópico, algún propósito que tuviera por objeto cambiar el mapa de Europa, algún plan de regeneración, ó quizás el proyecto de reconstruir el plano de Alessia ó de cualquiera otra ciudad de la vieja Galia...

Pero, ¿qué Napoleón era aquél? ¿el observador de la etiqueta, el hombre del dos de Diciembre, el Nerón que pinta Víctor Hugo, ó el tirano burgués y bonachón que baila al compás de los valeses y polcas que Teófilo Gautier muele en un organillo en las salas de Compiègne y que juega á la lotería con el príncipe imperial?

Al pasar junto á mí me sonrió dulce y tristemente, con sonrisa de enfermo, y pasó balanceándose como debe de haberse balanceado su padre, el almirante holandés,

que dicen ocasionó la ruptura entre el rey Luis y la reina Hortensia.

Abrióse en esto la puerta y fué como si el cielo se hubiera roto en algún lugar, dejando ver todo el primor y toda la magnificencia de las mansiones en que moran los bienaventurados. Figuraos la gran Sala de los Mariscales, adornada con los retratos de los doce del Imperio, revestidos con sus uniformes resplandecientes de oro y seda; la dorada cúpula, sostenida por cariátides y trofeos de armas, los airosos ventanones con cortinas de terciopelo rojo que parecían insignificantes aberturas en el muro de aquel salón monstruo. Pensad en una música invisible que tocaba sonos dulcísimos y pensad, por último, en mil mujeres ataviadas con trajes multicores, en mil espaldas hermosísimas que se inclinaban al paso de los emperadores y en toda la variedad posible de atavíos masculinos, desde el sombrero de medio queso, el frac, el calzón y las medias negras, hasta los más lujosos uniformes diplomáticos. Bordados de oro, sombreros con plumas, turbantes de colores vivísimos, túnicas de seda joyante, modestas casacas negras, collares, cruces y placas de todas las órdenes; espadines de áurea contera, sables constelados de diamantes, chinelas con hebillas de plata, zapatos con figura de cuerno... Y luego, cabellos rubios, cabellos oscuros, cabellos crespos, cabellos lacios, rostros cobrizos, ojos azules de hiperbóreos, ojos oblicuos de

orientales, ojos lánguidos de americanos; y junto á toda esa policromía la servidumbre palatina: los chambelanes del Emperador, de rojo y oro; los de la Emperatriz, de azul y plata; los caballeros, de azul y oro; los de la cetrería, de verde y oro; los prefectos de palacio, amaranto y oro; los maestros de ceremonias, violeta y oro; los oficiales de órdenes, azul pálido con bordados de plata y cordones blancos...

Hidalgo, al mirar mi embobamiento, empezó á darme cuenta de quiénes eran los señorones que allí estaban, pues á todos conocía y de todos sabía vida y milagros.

— Ese es el signor Nigra, embajador de S. M. el rey del Piamonte. Discuten los boquiflojos sobre si ama ó no ama en secreto á S. M. la Emperatriz, y si ella paga sus rendimientos con algunas dulces finezas.

Ese general es el conde de Lorencez; goza de la confianza del Emperador, y no sería remoto que le mandaran á cualquier expedición de las muchas que se proyectan, por ejemplo, la de México...

«¿Quiere usted el nombre de esa bella señora, que parece lleva en su semblante de un lado el sol y del otro la luna? Es la marquesa de Gallifet... Muy linda es, pero á pesar de eso no tiene toda la estimación de su marido, el gallardo marqués de Gallifet; sus enemigos dicen que la dama tiene de hermosura más que de ingenio. Son fa-